

Crítica de arte

Salón Nacional 1943

No se puede negar que el año artístico está siendo pródigo en exhibiciones. En los umbrales ya de la temporada de arte se abre este Salón que no señala, a mi entender, una mejoría sobre los anteriores. Es indudable que esta clase de certámenes carecen de fuerza estimuladora sobre los artistas que a ellos concurren, un poco por inercia y otro poco por ir en pos de las recompensas habituales. En general, puede afirmarse que el arte suele contar muy poco en los impulsos que guían a los expositores.

Entre una exposición individual y un Salón la ventaja estará siempre del lado de la primera. No puede negarse que el artista que se decide a exhibir sus obras en una exposición personal siente con mayor fuerza el peso de la responsabilidad. «En el fondo, piensa, todos los avatares habrán de caer sobre mí». Y así es. La crítica, los comentarios, el público que visite la exposición, se polariza en su atención hacia un solo artista. En el Salón, por el contrario, el interés se bifurca en tantos brazos como artistas concurren y la responsabilidad tiende, fatalmente, a relajarse.

Negar que los Salones colectivos están un poco murientes ya, sería negar la evidencia misma. Pero hace tiempo que se están muriendo sin que se decidan a desaparecer totalmente, lo tual, a mi juicio, es todavía peor. Baudelaire, en 1859, encontraba el Salón de París «chato, mediocre y malo». Ahora bien,

de entonces acá todavía se ha ido más bajo, puesto que los Delacroix, los Ingres y los Fromentin que a aquel certamen concurrían son dioses al lado de los que luego han venido.

El crítico francés lamentaba, ¡y con razón! la tiranía del arte de la «salsa», de la pátina, de las tostadas, de los jugos, es decir del exceso de lo que se ha llamado la «cocina» en pintura, sobre el dominio de la fantasía.

Nosotros, por el contrario, debemos señalar que en los Salones actuales no se incurre en los excesos del «oficio», mas tampoco la fantasía suele deslumbrar a los artistas contemporáneos. En general se advierte la huída de todo deseo de transcendencia, la desgana y la apatía para realizar una obra de fuerza y de vigor plásticos. El dibujo, indispensable elemento coordinador y vertebrador de la pintura, aunque sea pintura moderna, está ausente de estos tiempos en que el arte parece desintegrarse en una agonía fatal.

* * *

El Salón Nacional de 1943 es también una especie de cuerpo insepulto, si lo consideramos en su totalidad. Contemplándolo se advierte con nitidez que no hay entre los artistas que concurren a él muchas personalidades definidas. Las pocas obras de real calidad pictórica se pierden entre el batiburrillo de las mediocridades. La sinceridad me obliga a decir que estos Salones me producen una indefinible sensación de vejez. Claro es que a ello no es ajeno el local en donde las obras se exhiben. El palacio conocido con el ambicioso nombre de La Alhambra es un legado magnífico, pero como lugar abrigador de una exposición de arte me parece poco idóneo. En sus salas las obras tienen difícil acomodo. Falta espacio para ir colgando los lienzos con la holgura y armonía que deben presidir toda exposición.

Mas el defecto no está sólo en el local. Mucho contribuyen también a esa sensación de vejez artística las obras expuestas.

Si nos fijamos con atención veremos que los mismos expositores muestran, individualmente, esa desorientación que es consubstancial a todas las manifestaciones de la vida espiritual de hoy. En la pintura, la crítica está alcanzando un radio excesivo. Y no es sólo de temática y de técnica, como se ha señalado; no, este *memento* crítico alcanza puntos más lejanos que la mera superficie del arte. Los espíritus se hayan desorientados y esta desorientación dura ya mucho para que pudiera creerse en una simple y momentánea crisis espiritual. El fenómeno es algo que parece haber entrado fatalmente en lo endémico.

Creo haber señalado en alguna otra crónica la tendencia que sienten los artistas de hoy a soslayar las dificultades. Se tiene prisa por alcanzar no se sabe qué hipotéticas metas con el mínimo esfuerzo. Los artistas no parecen sentir la admiración mítica que en otros tiempos se dirigía hacia los grandes maestros del pasado. Y cada pintor intenta la magistral aventura de querer resolver todos los problemas espinosos que el arte presenta desde él mismo; sin dirigir sus miradas a los preclaros modelos que otras épocas les brindan. El estudio y contemplación de los viejos maestros ha sido siempre necesaria para quienes aspiran a la realización de una obra plena de valor estético.

Mas no se crea que ese alejamiento de lo que podríamos denominar «modelos museales» se debe a un deseo de independencia y de encaminarse hacia rutas inéditas; el abandono de los soportes didácticos que nos brindan los clásicos se debe con verdad a orillamiento de dificultades y esfuerzos no siempre gratos a quienes sienten excesivos apresuramientos por alcanzar aquellos nebulosas metas.

Sea lo que sea: exceso de celo independizador o apatía, tanto monta una cosa como otra para llegar al lamentable resultado que todos conocemos.

* * *

El Salón Nacional de 1943 dedica una simpática retrospectiva al escultor español don Antonio Coll y Pi.

Este artista residía largos años en Chile. Sin embargo, su formación era española. Empezó como pintor, especialmente en el género del retrato. Su *manera* tiene mucho de los artistas de finales del siglo. Naturalismo y objetividad lo caracterizan. Después de esta etapa en que recuerda muy ligeramente a Fantin Latour, amplía sus temas y se dedica a la pintura decorativa para interiores, habiendo realizado extensos frescos o murales para muchas mansiones de Barcelona. En el año 1898 obtiene una mención honorífica en la IV Exposición de Bellas Artes de Barcelona. Coll y Pi siente la pasión del estudio y pide a los grandes maestros del pasado su lección. Hace frecuentes viajes a Madrid y copia las obras del Prado. Igual labor ejecuta en París, cuyo Museo del Louvre es para él un río de sugerencias, especialmente la sección de escultura griega. La escultura le capta en forma plena y Coll y Pi encuentra cauce a su verdadera vocación.

Más adelante ejecuta algunos monumentos y en 1906 fué contratado por el Gobierno de Chile para desempeñar el puesto de profesor de dibujo ornamental y pintura decorativa en la Escuela de Artes Decorativas.

En Chile el señor Coll y Pi realizó una extensísima labor artística. Entre sus monumentos se cuenta el de Ercilla, el dedicado a los bomberos, el de Blanco Encalada, el de Pedro de Valdivia en Valdivia y otros muchos.

Poco es lo que puede verse en esta retrospectiva. Sin embargo, ella es suficiente para advertir el valor que como escultor tenía el artista catalán.

Para quienes han penetrado en la significación de las palabras en cuanto éstas hacen relación a la historia del arte, la expresión «escultor catalán» está grávida de significación.

Sin que debamos inclinarnos hacia la filosofía de Taine, reguladora de la influencia del medio ambiente sobre la producción de la obra de arte, no podemos olvidar el fenómeno que se produce en ese rincón catalán del Mediterráneo en donde han visto la luz los más grandes escultores contemporáneos. Este rincón es un poco áspero, pero de cielo claro y más griego que romano. Es la Cataluña que va desde las aguas del Ebro hasta Marsella, frente al mar añil de Ulises, tierras de olivares, higueras y viñas, bajo un cielo eternamente azul. Como Llimona, Clará y Julio Antonio—una tríada genial—; como Maillol y Bourdelle, Coll y Pi es catalán y tiene, por serlo, el instinto de los amplios y ampulosos volúmenes, de los desnudos sensuales y rotundos. Y es que la luz transparente y la nitidez que aparecen en la atmósfera sin brumas de esta región, habitúan al artista a ver los volúmenes con la claridad y con el equilibrio rítmico con que los vieron los escultores helénicos.

Señalemos, no obstante, que si Coll y Pi no puede resistir el parangón con aquellos maestros no deja de marcar en su obra la impronta de las luces y del ambiente que le vió nacer. Su espíritu late con el espíritu de quienes hicieron del arte un culto apasionado de la belleza.

* * *

Dentro ya de las secciones habituales del Salón veamos el envío de Abarca. Con este artista ocurre un fenómeno curioso. Inclinado hacia el cultivo de una visión de acento un tanto anacrónico, su obra expresa tan plenamente la sinceridad, que ante ella, toda consideración de orden cronológico se olvida para entregarse a la admiración sin reservas de lo que Abarca

realiza con tanto amor y sencillez. Sus medios expresivos—¡tan menguados!—le permiten, no obstante, llegar a una obra de extraordinaria calidad. Es un romántico del paisaje al que le da también cierta actitud simbólica muy expresiva.

Olga Eatsman presenta dos telas de flores de un colorido delicado en los grises, en los azules primaverales y en los rosas de melocotón. Se trata de uno de nuestros artistas jóvenes de mayor porvenir.

Chela Lira expone un autorretrato ejecutado con indudable virtuosismo esquemático, muy dentro también del expresionismo que caracteriza a esta pintora. Su paisaje en verdes y rojos es obra que prueba la marcha ascendente de la autora.

Maruja Pinedo expone un desnudo muy rico de colorido y unas flores bien armonizadas. Esta pintora nos recuerda, tal vez en exceso, las cosas que hace Ana Cortés. En su afán admirativo incurre hasta en sus mismos errores.

En los otros envíos femeninos *Paisaje de las Condes*, *Desnudo* de María Tupper y los dos paisajes de Adelaida Shanklin.

Baixas ha enviado tres acuarelas. De ellas destaca *Flores*, tal vez lo de más calidad de todo el Salón.

Byron Gigoux se distingue por un envío muy homogéneo y vertebrado. Se destacan *Magnolias en botón* por la espontaneidad y la riqueza de la pasta dentro de un tema humildísimo, y *Playa íntima* por sus calidades pictóricas.

Fidelicio Atria se revela como un paisajista de mucha fuerza y de bien armonizado colorido.

Luis Comincini expone un buen retrato—a mi juicio el mejor de todo el Salón—a pesar de su dureza y de ciertas desarmonías en la valoración de los paños.

En el resto de los envíos abunda más lo mediocre, sin perjuicio de alguna que otra tela en donde se ha logrado sobrepasar esa técnica de medianías.